

POEMAS EN PROSA

Murcia, 1927

Maternidad falsa

Ella cogía la bandurria con ademán de madre que va a darle de mamar al hijo.

Cuando tocaba la canción antigua que tanto le gustaba a él, era más madre que nunca. Aquella canción tenía las perspectivas y los difuminados que deben tener las canciones para dormir a los niños, de mayor a menor, como las calles como los caminos.

Él la miraba, y tomaba aquel gesto de padre que encontró un día dentro del espejo, de padre un poco asustado del recién nacido.

Mañanas blancas

A él le gustaba tomar el desayuno muy de mañana, en cualquier vaquería, cuando las tiendas aún no se han pintado los labios, cuando los cafés empiezan a salir a la puerta, cuando la mañana lleva todavía ese pijama íntimo, color claro, de haberse levantado hace un instante.

Ella tenía miedo a las vaquerías.

-Son los panteones de la vida, en los que se bebe ese mármol líquido de la leche, un poco caliente para disimular la frialdad de lápida blanca -había dicho.

Temía coger una pulmonía en aquel cambio tan brusco de la habitación con estufa de la vida a la luna llena de la muerte.

Tarde

El otoño se filtraba por el colador de los visillos. Ella levantó el visillo blanco con ademán de quien quita la tela metálica a la cafetera individual, para que el café del otoño se filtrase con más rapidez.

La habitación se llenó de color pan.

Se había puesto un vestido color canela. No se la veía bien; ¡estaba como perdida en el día!

Las paredes estaban sofocadas de palidez; lentamente se iba copiando en ellas la lividez del cielo.

Él sentía miedo, temía que ella de un momento a otro se confundiese, se mezclase con el otoño.

-Cuando amanezca un día gris vístete de rojo -le dijo él-; muchas veces te busco y no te encuentro.

-No, no le había contestado ella-, vestida de rojo parecería un remiendo, un remiendo del día gris. Yo me vestiré de rojo en el día rojo.

Viaje

Aquellos dos faros del automóvil eran como aquellos senos de ella, tan llenos de luz.

En los atardeceres, cuando la noche va dejando caer lentamente las persianas de la sombra, el automóvil abría sus pechos a la carretera y le daba de mamar su luz, igual que ella cuando abría el grifo secreto de sus senos para amamantar al niño.

Por eso el niño cuando mamaba cerraba los ojos, le cegaba aquella claridad eléctrica de los faros de su madre.

En el alba los pechos del automóvil estaban pálidos, con la luz estrangulada y con las orejas grises de no haber dormido. Tenían aquel desfallecimiento del corredor que llega a la meta -a la meta del día-, en el mismo instante en que ya iba a dejarse caer, en que ya no podía más.

Publicados en el nº 7 de *VERSO Y PROSA*, Murcia, julio, 1927

OBRA COMPLETA, Tomo II
Pre-textos, Valencia, 1992